

- **IGNACIO TORREBLANCA.** Director de la oficina en Madrid del European Council on Foreign Relations (ECFR) y profesor de la UNED.

EUROPA EN TRANSFORMACIÓN: AVANCES HACIA UNA POLÍTICA EXTERIOR COMÚN

Nos encontramos en un momento particularmente difícil en el que todos tenemos la sensación de que Europa está siendo constantemente ninguneada. Para los que creemos que la UE no solamente es una fuerza necesaria, sino que contiene un elemento ético importante de transformación de las relaciones internacionales, y también de las relaciones entre ciudadanos, duele ver cómo en este mundo emergente del siglo XXI, que cada vez parece mucho más multipolar que multilateral, las grandes potencias parecen haberle cogido la medida a la Unión Europea.



I. Torreblanca en el Palacio Miramar.

Lo vimos en 2008 con la invasión de Georgia por parte de Rusia. Moscú pasó por encima de toda una década de acuerdos europeos de seguridad interpretando a su manera el caso de Kosovo para terminar imponiendo la secesión de Georgia tanto de Abjasia como de Osetia del Sur sin ninguna cobertura de Naciones Unidas y sin permitir la presencia de fuerzas de paz internacionales a ambos lados de la zona de conflicto. Si Sarkozy pudo detener de alguna manera el conflicto fue de una forma muy precaria y en el último minuto, porque tampoco Rusia tenía muy claro si quería llegar hasta Tblisi y derrocar al Gobierno de Shaakashvili. Fuimos también testigos otra vez ese mismo otoño de 2008 cuando, en noviembre, China canceló la cumbre con la UE después de la decisión de Sarkozy de reunirse con el Dalai Lama. Inmediatamente después, en la guerra de Gaza que tuvo lugar en diciembre 2008 – enero de 2009, Israel pasó por encima de la vida de cientos de civiles indefensos sin que la UE fuera capaz de detener el conflicto o contribuir a su fin de alguna manera. Y lo vimos inmediatamente después en las negociaciones sobre cambio climático en Copenhague que sin duda representaron uno de los momentos en los que la UE se ha sentido más humillada y frustrada internacionalmente. No olvidemos que a España también le ha tocado durante sufrir este ninguneo, con ocasión de la cancelación de la cumbre con EEUU durante su presidencia rotatoria de la UE en el primer semestre de 2010. Aunque la decisión Obama no tuvo que ver específicamente con España, es muy evidente que se produjo en un contexto en el que EEUU se podía permitir no atender o suspender este tipo de cumbres a sabiendas de que las consecuencias y el precio que tiene que pagar por ello no es muy elevado.

Nos encontramos pues con un poder europeo que parece en declive, marginal o en retroceso, lo que nos obliga a abrir una discusión sobre cuál es la naturaleza de este poder en el mundo que está emergiendo. A veces decimos que es muy difícil ser herbívoro en un mundo carnívoro. La UE representa precisamente un mundo basado en el derecho, en la solución pacífica de los conflictos mediante la creación de instancias supranacionales, pero el mundo que se está configurando es un mundo donde vuelven los parámetros clásicos de poder: el poder duro, militar, las presiones económicas, la ausencia de normas o, en paralelo, de capacidad de hacer cumplir las normas existentes. La UE tiene

CURSO DE VERANO: “EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER”. 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:



que pensar cómo quiere jugar en ese mundo en el que ya se encuentra con una mano atada a la espalda, porque ha renunciado a la violencia y al unilateralismo; ya ha sido potencia colonial y ya se ha comportado de esa forma tan reprochable en el pasado. Pero, tampoco puede jugar con las dos manos atadas en la espalda. Por ello, un primer paso es aceptar que el problema de Europa no es si su poder es duro o blando, sino que este es fragmentado. Es fragmentado en cuanto a los medios de los que dispone porque son incipientes, también en cuanto a los fines, porque están por definir y son lo suficientemente ambiguos como para, hasta el momento, habernos permitido ir juntos durante cincuenta años, pero marginando la cuestión de cuál es la finalidad política del proceso. Es también ambiguo o fragmentado en cuanto a las estrategias referidas a cómo vincular medios y fines y a cómo aplicarlos en cada caso concreto.

Podemos ser, o tenemos que ser, realistas, más que pesimistas u optimistas, para saber dónde estamos y a partir de ahí construir nuestro futuro. Pero hay un pesimismo que tenemos que intentar combatir porque las grandes tendencias, que están ahí y son evidentes, incluidas las tendencias demográficas, son tendencias, no profecías, lo que quiere decir que dejan un margen de actuación. Por ejemplo, económicamente, las proyecciones nos dicen que China y el resto de las potencias *BRICs* (Brasil, Rusia e India) muy bien podrían alcanzar a los Estados del G-6 (EEUU, Japón, Alemania, Reino Unido, Francia e Italia) en torno al año 2040-2050 en cuanto a peso económico. Es decir, que para mediados de este siglo, emergentes y emergidos tendrán un peso económico similar. Más allá de la fecha exacta, que siempre es discutible porque se trata de estimaciones basadas en muchas variables, la tendencia es clara: se prevé una traslación del eje de poder en el mundo del meridiano 0 al 180, es decir hacia Asia, lo que nos obliga a pensar sobre sus consecuencias políticas. ¿Qué hacemos con los *BRICs*?, ¿son iguales entre ellos?, ¿son un grupo de poder con metas definidas?, ¿qué es lo que quieren?, ¿debemos cooptarlos, dividirlos o debemos sumarnos a ellos?

Si, económicamente, las tendencias son claras, la situación demográfica es más sombría aún. Desde 1960 hasta hoy Europa ha perdido la mitad de su población en términos relativos. En el mundo de los años sesenta del pasado siglo, uno de cada cinco habitantes del planeta vivía en Europa. Sin embargo, la proyección es que la población de Europa vuelva a reducirse otro 50% en términos relativos en los próximos cuarenta años como consecuencia de un estancamiento en términos absolutos (la UE-27 se mantendría en 500 millones de habitantes). Por tanto, en las proyecciones, la población de la UE se mantiene prácticamente estable entre 2005 y 2050 frente a lo que es el eje de traslación del poder hacia Asia. Con una salvedad importante respecto a Rusia, donde las proyecciones demográficas apuntan a una reducción importante de la población.

Esta percepción de declive de poder, económico, político, demográfico, es compartida por el resto del mundo. En una reciente encuesta de la Fundación Bertelsmann se preguntaba en diversos países (China, Brasil, India) cómo veían el futuro de Europa. Únicamente el diez por ciento de los brasileños pensaba que la UE sería una potencia en el año 2020, un tercio de los chinos, en la India solo un 9% y entre los rusos un 13%. Por tanto, no sólo los europeos son pesimistas sobre su futuro.

En el mundo que se está configurando, el peso demográfico y económico se está trasladando hacia el Este, pero el poder militar, y también político, sigue estando localizado en el Oeste. El Occidente clásico (tanto geográfico como político, es decir, Europa, Estados Unidos y Japón), representa todavía el 71% del gasto militar y el 70% de la economía mundial. Por lo tanto, a pesar de las tendencias, la realidad hoy es todavía la de un Occidente hipertrofiado militar y económicamente. Eso es importante también para la UE, porque aunque la gente perciba que no vamos a ser una potencia en el futuro, sí percibe que la UE es todavía poderosa. Los europeos gustan de considerarse como una potencia amable, pero muchas veces se dice que el poder blando de Europa acaba en las colas de sus consulados en el extranjero, en los centros de internamiento de inmigrantes, en sus barreras arancelarias o en las múltiples instancias en las que Europa sí es percibida como alguien que tiene algo que los demás quieren y que no lo da fácilmente o a cambio de nada.

Por tanto, existe una tendencia económica y también demográfica que nos obliga a pensar en una Europa sin europeos o con pocos europeos. Hay pocos europeos cuantitativamente pero, también, hay pocos europeos desde el punto de vista cualitativo, es decir, europeos que se sientan europeos y que quieran construir una Europa política que sea un actor global capaz y relevante. Cuando vemos las encuestas del Eurobarómetro es cierto que, a pesar de todos los años transcurridos en este proceso de integración, prácticamente la mitad de los europeos no se sienten europeos o no incorporan en sus sentimientos a Europa como identidad, ni siquiera en términos cívicos, más laxos que los puramente

CURSO DE VERANO: "EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER". 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:



IGNACIO TORREBLANCA

étnicos. A su vez, una gran parte de europeos van más allá y rechazan incluso que Europa sea una dimensión de su identidad. Para ellos Europa es simplemente un acuerdo práctico o pragmático, un bloque económico con el que no se identifican políticamente o desde el punto de vista de su identidad. El auge de la xenofobia en Europa es, sin duda, un buen elemento para la reflexión acerca de la fortaleza del europeísmo.

Precisamente por la existencia de estas limitaciones, el desafío consiste en analizar cuáles son las bazas del poder europeo. Para eso es interesante distinguir, como hizo Hillary Clinton en su toma de posesión como Secretaria de Estado de Estados Unidos, las tres dimensiones de la acción exterior de un Estado: defensa, diplomacia y desarrollo, e intentar ver cuáles son esos elementos y cómo se conjugan entre ellos.

Económicamente, puede ser falaz agregar los pesos económicos de los veintisiete y pretender que el resultado equivale a un actor único. Sin embargo, incluso con los datos desagregados, nos encontramos con algunas sorpresas. Así, por el ejemplo, el PIB de Rusia es prácticamente equivalente al de España (1,4 millardos de euros versus 1,3, respectivamente, en 2010) y ocurre lo mismo con Brasil (2,0 millardos de euros, equivalente al PIB de Italia en 2010), es decir, no hace falta ni siquiera incurrir en esta agregación ficticia de las magnitudes europeas para descubrir que los europeos siguen teniendo un poder todavía considerable, pero que, sin duda, no son capaces de fungirlo en una estrategia y una actuación en torno a unos fines comunes y con una adecuación de unos con otros.

Volviendo al gasto militar es cierto que en el mundo hay un actor como EEUU cuya dimensión militar está absolutamente hipertrofiada, pero no es para nada cierto que la UE sea un poder blando como afirma, por ejemplo, Robert Gates, Secretario de Defensa estadounidense, para quien los europeos son unos pacifistas. Pueden ser pacifistas, pero lo que parece más probable es que tienen una concepción distinta de las relaciones de poder en la esfera internacional. España y Alemania tienen obviamente unas actitudes distintas ante el uso de la fuerza en las relaciones internacionales frente a las de Estados Unidos, pero no son pacifistas como los costarricenses y no renuncian a tener unos medios de defensa y a actuar en el mundo. De hecho, el ejército británico y el francés no han conocido una década de paz después de la Segunda Guerra Mundial así que, en la práctica, han estado involucrados en decenas de conflictos y actuaciones militares por todo el mundo. Lo curioso, la paradoja una vez más, no es que el gasto militar europeo sea escaso, sino que es excesivo. Es excesivo por su retorno y es excesivo incluso para lo que correspondería a sus necesidades. El hecho de que nada menos que un quinto del gasto de defensa militar mundial esté en manos de los europeos es una anomalía que no tiene mucho sentido si tenemos en cuenta las amenazas reales a las que se enfrenta la UE.

Por tanto, el problema de la UE no es que gaste mucho o poco, sino que, en realidad, gasta mal. Gasta todavía en defensa territorial, ejércitos convencionales, costosísimos equipos de combate que se duplican y en compras y programas de investigación que tienen mucho más que ver con su política industrial que con sus necesidades reales, que pasan por ser flexibles, estar en los conflictos de forma preventiva, antes y después, con capacidades civiles que se combinen con las militares para proveer estabilidad, ayudar a reconstruir Estados, prevenir que los Estados fallen, etc. Para ello hacen falta medios inteligentes y flexibles, es decir, en términos prácticos, más helicópteros de transporte que costosísimos aviones de combate con los que enfrentarse a otras potencias. Es un problema de cómo se orienta ese despliegue y en qué se gasta. La prueba de todo esto, desgraciadamente no es una anécdota porque fue un incidente muy grave, es el choque frontal, en febrero de 2009 de dos submarinos nucleares británico y francés en mitad del Atlántico. Este hecho ejemplifica muy bien qué hacemos los europeos con nuestro gasto en defensa y con la capacidad de disuasión nuclear. Franceses y británicos no se informan mutuamente de dónde están sus submarinos porque todavía están instalados en una desconfianza mutua propia, no ya de la guerra fría, sino de sus propias rivalidades históricas. ¿A quién disuaden? Imposible de saber.

En consecuencia, el dilema al que nos enfrentamos, y con el que tenemos que trabajar desde el punto de vista institucional, es cómo construir una defensa común con una asimetría tan considerable en el gasto militar entre los Estados. Es el mismo problema que hemos visto también en las negociaciones del Tratado de Lisboa y la Constitución Europea. Existe una realidad dual: por un lado, todos los Estados son iguales y por lo tanto deben tener derechos iguales en términos de voto y representación, pero a su vez existe una realidad demográfica y de poder que está esencialmente fragmentada. En esta dualidad, ¿cómo se construye una defensa común sobre la unanimidad?, ¿dándole el mismo poder a Malta que al Reino Unido o Francia? Tiene poca justificación, porque, evidentemente, nadie de los que más gastan en defensa va a querer participar en un acuerdo que se rija por la regla de unanimidad. A su vez, resulta

CURSO DE VERANO: "EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER". 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:



difícil para los Estados pequeños con fuerzas militares muy reducidas aceptar un arreglo por el cual “tanto vales, tanto decides”, ya que ello viola requisitos fundamentales de legitimidad democrática. Dicho de otra manera, ¿aceptaría un país europeo ir a la guerra tras haber quedado en minoría en una votación? Difícilmente.

Sin embargo, nuevamente, no estamos ante una Europa indefensa, sino ante una Europa que aprovecha mal sus recursos. Por ejemplo, antes de la escalada de Obama en Afganistán los europeos prácticamente habían llegado a constituir la mitad de las tropas desplegadas, sin que en la opinión pública europea ni ninguno de los Estados miembros fuera consciente de que el esfuerzo que Europa estaba realizando en Afganistán era prácticamente equivalente al de Estados Unidos. ¿La causa? Que Europa no estaba determinando el 50% de los objetivos ni manteniendo una discusión estratégica con EEUU sobre cómo y por qué estaba presente en Afganistán. De los Estados europeos que están desplegados en Afganistán, unos lo están por congraciarse con EEUU o porque necesitan el apoyo de EEUU en otras áreas, pero no como europeos con una voz y visión propia.

En lo relativo al poder diplomático de Europa, el problema no es muy diferente. Los europeos mantienen abiertas un total de 3.230 legaciones en el exterior de las que 2.172 son embajadas de los Estados miembros, 933 consulados y 125 Delegaciones del Consejo. Para atender estos servicios emplean unas 110.000 personas, de las cuales más o menos el 45% son funcionarios nacionales y el otro 55% personal local contratado en las legaciones. Es muy evidente, también aquí, que los europeos cuentan con un personal auxiliar sobredimensionado. Pero en la práctica, lo que estamos viendo es que hay muy pocos Estados que estén aceptando fusionar, reducir o racionalizar este despliegue. De hecho, Estados como España han estado abriendo recientemente embajadas en lugares, como el África subsahariana, donde sus intereses nacionales son más europeos que estrictamente nacionales, si se permite y entiende esta distinción algo arbitraria.

En relación a la ayuda, la situación es muy parecida. Los europeos han hecho un esfuerzo enorme en cooperación al desarrollo durante los últimos años, de tal manera que prácticamente han duplicado sus contribuciones, pasando de 29.000 a prácticamente 80.000 millones de dólares si se actualizan los datos al año 2010. EEUU, por su parte, ha mantenido sus contribuciones estables. Pero, de nuevo, cuando vemos el retorno, EEUU es capaz de integrar la ayuda al desarrollo como un pilar de su acción exterior, mientras que la cooperación al desarrollo europea funciona de forma desgajada respecto a una estrategia de conjunto y sin invertir en cuestiones realmente necesarias como gestión de crisis, asignatura pendiente de los europeos, y sobre todo prevención de conflictos y reconstrucción de escenarios de conflicto. Los europeos, que hacen bien en no gastar como gasta EEUU, presumen de tener una visión de las relaciones internacionales que conlleva estar antes y después de los conflictos, no necesariamente durante, pero la realidad es que no son hoy por hoy capaces de hacer aquello de lo que presumen.

Todo esto se manifiesta en que, curiosamente, no somos capaces de establecer una estrategia coordinada respecto a las grandes potencias. Con EEUU no hemos conseguido restaurar la relación tras la era Bush, ni siquiera con la mejora de oportunidades que representaba Obama. Hemos fallado al no entender cuáles eran las motivaciones de Obama, su pragmatismo y su mirada sobre Europa. Sobre Rusia también existe división de opiniones y quizá un modelo demasiado *naïf* en tanto en cuanto tendemos a pensar que todo el mundo quiere ser como nosotros, que lo que nos importa a nosotros les importa a los demás y que todo país que progresivamente se abra económicamente y se democratice acabará queriendo ser como nosotros. En realidad, el caso que hemos visto recientemente con el más favorable de todos los *BRICs*, que es Brasil, también la India pero especialmente Brasil, demuestra que incluso los *BRICs* que son democracias avanzadas y que comparten un sistema de economías abiertas no se van a alinear necesariamente con nuestros intereses estratégicos, sino que van a tener sus propias agendas. Este es el caso de Brasil y lo mismo ocurre con Turquía y otros. Por lo tanto, necesitamos pensar muy a fondo qué es lo que quieren los demás, y eso requiere escuchar y ponerse en el lugar de los demás, sin dar por hecho con tanta autocomplacencia que los demás tienen que querer exactamente las mismas cosas que nosotros.

Al final, ¿dónde nos lleva todo esto? Aunque sea algo presuntuoso y académico, hay que volver a la casilla de partida y decir algo atrevido como que Europa no tiene quien la teorice, y que la teorice en el sentido de que no hemos conseguido todavía entender cómo y de qué manera esta entidad que hemos construido durante cincuenta años para servir a una serie de fines debe cambiar completamente o debe darse la vuelta, como un calcetín, para servir, quizá, a los mismos fines pero en un contexto completamente distinto y con unos medios completamente distintos.

.....

CURSO DE VERANO: “EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER”. 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:



IGNACIO TORREBLANCA

Europa está atrapada en su propia inercia de haberse diseñado de una manera para cumplir una serie de funciones y sin embargo ser incapaz de responder a los nuevos objetivos. Hay una analogía que usamos mucho en la facultad para explicar en qué consiste lo que, muy pedantemente, los politólogos llaman *path dependency* o *dependencia de la trayectoria*. La *dependencia de la trayectoria* consiste en que cuando uno hace una cosa muchas veces acaba haciendo esa cosa siempre, aunque las circunstancias hayan cambiado. El problema es que hemos diseñado una UE que definía, con una lógica interna, los bienes públicos esenciales de una comunidad: paz, prosperidad y estabilidad. Efectivamente, la paz ha sido la paz en el interior, la paz entre Francia y Alemania, no la paz internacional, ya que ésta la subcontratamos con EEUU vía la OTAN.

Económicamente, también hemos definido nuestra prosperidad como la supresión, entre nosotros, de barreras comerciales que a su vez hemos elevado respecto a los demás, lo que prueba de nuevo una lógica introspectiva. En los inicios de la integración europea tras la II Guerra Mundial, con un orden multilateral abierto promovido desde el GATT — antecedente de la actual OMC— la UE tuvo que pedir una excepción para evitar aplicar la “clausula de la nación más favorecida” que implicaba, automáticamente, extender las rebajas de aranceles hacia un país a todos los demás, de tal manera que no hubiera discriminaciones. Europa reclamó la excepción a esta regla, y se le concedió dismantelar las barreras internas entre los miembros de la CEE pero levantarlas hacia los demás mediante una unión aduanera. Por eso tendió a entender su prosperidad económica en clave interior, como algo en lo que el exterior o no existía o jugaba un papel hostil al demandar apertura¹.

El proyecto europeo se definió a sí mismo sobre la base de un número pequeño de Estados ricos, prósperos y con las mismas tradiciones democráticas y por eso, aunque las ampliaciones se han hecho, no han dejado en el código genético de la UE una vocación de apertura. Esto explica que nos hayan costado tanto las ampliaciones y las hayamos hecho con tanto disgusto y de forma tan reticente. En cada ampliación la UE ha ido arrastrada, del collar, incluso la que se inició a partir de los acontecimientos de 1989 y la caída del Muro. Cuando se revisan los archivos se comprueba que más allá de la celebración de la Caída del Muro, pocos se mostraron felices por tener más que duplicar el número de miembros de la UE de doce a veintisiete. Y esa misma reticencia la vemos hoy en día en los Balcanes, en Turquía, respecto a Ucrania, etc. Así que, si bien la UE se mostró desde el principio abierta a una integración más estrecha de los pueblos de Europa, los Estados miembros, también desde el principio, prefirieron mantener el número de miembros bajo control, sabiendo que los números grandes iban a hacer muy difícil el proceso, lo que explica por ejemplo el veto de De Gaulle a la adhesión del Reino Unido.

Hay que advertir, por tanto, que los que pedimos una política exterior europea más fuerte, estamos intentando darle la vuelta a un código genético y a una historia que apunta exactamente en dirección contraria de lo que exigimos, pidiendo a la UE que escriba un guión y una historia en un mundo multipolar para el que sencillamente no está preparada. Hemos intentado cambiar los Tratados, hemos intentado con el Tratado de Lisboa escribir otra historia, escribir otra narrativa pero es cierto que en el 2005, con los fallidos referendos en Francia y los Países Bajos, fracasó ese diseño y la integración tocó techo político.

Entonces, ¿qué es lo que ocurre?, ¿por qué decía lo de que Europa no tiene quien la teorice? A lo mejor podemos hacer una pequeña trampa y ahorrarnos la teorización. En los típicos tópicos sobre cómo funcionan los países existe una anécdota sobre británicos y franceses y es la siguiente: cuando algo funciona muy bien los británicos dicen que los franceses preguntan “funciona en la práctica pero, ¿funcionará en la teoría? Pensémoslo primero”. Resulta muy difícil intentar teorizar lo que está funcionando en la práctica, aunque esté funcionando mal. Por ejemplo, en temas de seguridad y defensa, si uno intenta buscar el hilo conductor que explique las veintidós misiones PESD que Javier Solana ha puesto en marcha durante los diez años de su mandato en Bruselas como Secretario General del Consejo y Alto Representante para la Política Exterior y de Seguridad, no lo va a encontrar. Esas misiones se hicieron porque se pudieron hacer y esa es la razón que las explica, muchas cosas de las que hacemos en la vida las hacemos porque podemos. No hicimos primero un diseño estratégico de qué era lo importante y luego lo hicimos. Se hizo Chad, porque no planteaba tantos problemas, y se hicieron Aceh y Congo por las mismas razones. Es verdad que si uno ve esas misiones parece que la UE es una potencia africana porque la mayoría de ellas se han desarrollado en África, pero a lo mejor se hicieron en África porque era posible, al no estar presentes ni China ni Rusia para impedirlo. Sobre la base de esos aprendizajes se ha ido creando una doctrina y se van reforzando las capacidades civiles. Muchas veces tendemos

¹ Contrariamente, la posición actual de las potencias emergentes entiende que su lógica de crecimiento está en abrirse al exterior y no encerrarse construyendo un mercado interior.

CURSO DE VERANO: “EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER”. 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:



a pensar equivocadamente que lo que existe es resultado de un diseño consciente, pero la realidad muy pocas veces es esa.

Hoy es impensable un ejército sin un cuerpo médico, pero si vuelves la vista hacia la guerra de Crimea, el servicio sanitario británico no existía durante esta guerra o era puramente *ad hoc*, es decir, en un ejército que se supone era de los más avanzados del mundo, no se habían preocupado de un tema como la salud o qué hacer con los heridos de guerra. De ahí la famosa campaña de Florence Nightingale para remediar estas carencias. En resumen, podemos decir que los británicos no construyeron un ejército partiendo de un diseño teórico, sino al ir resolviendo los problemas que surgían en la práctica.

Para concluir, considero importante el abrirse a las oportunidades que proporciona el hecho de que las cosas no hayan salido como estaban escritas. Es decir, frente al pesimismo de que el plan original de la integración no se haya cumplido, es bueno pensar que la vida no tiene un plan en el que las cosas se hacen a sí mismas sin que nadie intervenga en ellas. Lo que probablemente hemos hecho mal los europeos ha sido pensar que la UE o la integración política iban a ocurrir geológicamente, por sedimentación. Y que iban a ocurrir, geológicamente e intelectualmente, porque teníamos razón. Pero sin embargo, como uno experimenta muchas veces en la vida, tener razón no es suficiente. Esta idea autocomplaciente de los europeos de que Jean Monnet lo hizo tan bien y tenía un plan tan perfecto que, prácticamente, nos teníamos que sentar a esperar, no se ha cumplido. A cambio, eso abre un margen para el activismo y para tener muy claro que quien sí tiene un plan es el que muchas veces te obliga a pensar en lo que estás haciendo. Ese plan, frente al que no sabemos muy bien cuál es el plan europeo, en el sentido estricto de cómo va a desarrollarse, es el plan de los movimientos populistas y xenófobos excluyentes. Es muy fácil sentarse y pensar cuál sería la política exterior europea de una Europa en manos de populismos excluyentes que sucesivamente van ganando terreno en los Estados miembros y capturan el Parlamento Europeo. Sabemos perfectamente cuál es su plan, así que el plan alternativo debería parecerse mucho al reverso de su plan. Por ello, el activismo, al final, es obligatorio porque, de alguna manera, proporciona la capacidad de determinar todavía varios de los futuros posibles y posicionarse respecto a ellos.

[Revisado octubre 2010]

CURSO DE VERANO: “EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER”. 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:

